

NUEVOS ENSAYOS DE FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN¹

Alejandro Tomasini Bassols,
IIIF-UNAM, México.

Yo soy de la opinión de que, desafortunadamente, muy a menudo el valor de la filosofía se vuelve algo palpable sólo cuando la gente resiente lo que podríamos llamar “huecos de comprensión”. En general, pocas personas (si es que alguna en absoluto) podrían jactarse de tener un pensamiento, en el sentido de un sistema proposicional y de creencias, no digamos compuesto exclusivamente de verdades, sino además sistematizado. De lo que disponemos es en realidad de un sinnúmero de creencias aisladas y de grupos de creencias más o menos relacionadas entre sí en forma supuestamente sistemática. Es por medio de dichos sistemas de pensamiento que lidiamos con el mundo y puede afirmarse que tanto su verdad como la corrección de los modos como los conectamos son algo que a final de cuentas queda determinado o medido por la experiencia. En efecto, son el éxito y el fracaso las medidas para nuestros pensamientos: a mayor verdad y corrección mayor éxito, y a la inversa. No obstante, parecería en general que las personas están satisfechas con sus respectivos sistemas proposicionales, como lo pone de manifiesto el hecho del bajo nivel de auto-crítica que las caracteriza, el que pocas veces estén dispuestas a modificarlas o abandonarlas y que cuando tienen que hacerlo lo hacen de mala gana, con desagrado. No obstante, hay circunstancias en las que la gente se percata de que algo está tan mal en su pensamiento que tiene que aceptar que este requiere alteraciones drásticas. A veces los individuos y los pueblos caen en la cuenta de que han hecho suyas creencias para las cuales no tienen justificación alguna, que son declaradamente falsas o, peor

¹ Texto leído por el autor en la presentación de su libro *Nuevos ensayos de Filosofía de la Religión* (IIIF-UNAM; México, 2000).

aún, abiertamente ininteligibles. Así, inclusive, cuando la gente no está capacitada para dar cuenta del fenómeno del que se ocupan, y por lo tanto, no puede explicárselo, tiene de todos modos que reconocer que sus creencias y pensamientos están chocando demasiado frontalmente con la realidad y que, gústele o no, el mundo y la vida las están desechando. Creencias y pensamientos así son inservibles, inútiles y, en la medida en que no dejan espacio para pensamientos alternativos, nocivos y dañinos. Se producen entonces eso que llamé “huecos de comprensión”. Es obvio que siempre estaremos expuestos a esta clase de peligros y muy probablemente nunca podremos superarla del todo. El asunto de cuanta verdad y consistencia puede caracterizar a una mente será siempre una cuestión de grado y de comparación. Sin embargo hay, como ya dije, situaciones en las que las confusiones y los extravíos conceptuales y teóricos son tan grandes que no hay otra cosa que hacer que reconocer el hecho y hacerles frente. Y lo que sostengo es que es en circunstancias así que la filosofía se vuelve una especie de fresco abrevadero y se le reconoce entonces públicamente su valor. Para las multitudes de las épocas de relativa estabilidad intelectual, de lo que (siguiendo a Kuhn) podríamos llamar “pensamiento normal”, la filosofía es en el mejor de los casos un pasatiempo agradable; pero precisamente para esas mismas masas la filosofía se vuelve en épocas de crisis algo particularmente importante, inclusive vital. Quizás esto sea una prueba más de que nunca podremos tener un pensamiento totalmente claro y congruente.

Los huecos de comprensión de los que he hablado surgen, obviamente, en los más diversos contextos. Brotan, desde luego, en las ciencias. En estrecha conexión con sus prácticas, los hombres desarrollan sistemas simbólicos cuya lógica se les escapa, cuya gramática los elude. Hacen entonces su aparición en el horizonte del pensamiento humano multitud de creencias absurdas, de pensamientos incongruentes, de falacias, de incomprendiones, de confusiones de toda índole. Nada de esto impide, desde luego, que la gente siga haciendo lo que tiene que hacer y que, de hecho, resuelva problemas prácticos con los instrumentales que para ello se forjó. Empero, el éxito en la práctica no asegura ni acarrea la comprensión de lo que se hace y de lo que se dice. Demos un ejemplo sencillo: el psicólogo clínico, el que trabaja con pacientes, logra a menudo sacarlos adelante, es decir, logra volver a ponerlos en la senda de la vida colectiva, constructiva y pacífica. Empero, ese mismo exitoso psicólogo se vería en serios aprietos si tuviera que explicar qué es la mente humana, qué conexión hay entre la mente y el cuerpo, de qué habla cuando habla del inconsciente y, en general, de que se ocupa él realmente. Lo mismo pasa con los matemáticos, los músicos, los políticos y así indefi-

nidamente. Todos ellos y, en general, todos los usuarios de cualquier simbolismo, son fáciles presas de esas trampas de comprensión que los lenguajes (en toda la extensión de la palabra) propician. Pero es claro que el hombre requiere entender lo que hace y lo que dice. Y es cuando los huecos de comprensión se vuelven abrumadores que se siente la necesidad de la filosofía pero, permitiéndome un poquito de proselitismo, de la verdadera, esto es, de la realmente liberadora; en otras palabras, de la wittgensteiniana.

Sostengo que en nuestro país la necesidad de la filosofía, y por ende su importancia y su valor, ya se hace sentir con fuerza. Durante por lustros y por toda variedad de causas, se fue produciendo en México un alarmante vacío de genuino debate filosófico. Proliferaron los charlatanes, se encumbraron los farsantes, pontifican los periodistas, pero la gente entrenada para el debate impersonal de ideas, los profesionales de la discusión seria, ellos han estado ausentes. Digámoslo en voz alta: salvo por algunas siempre honrosas excepciones, los profesionales mexicanos de la filosofía le han fallado a su país. Esto es perfectamente comprensible. También en esta abstracta, fina y delicada área del quehacer humano que es el análisis y la especulación filosóficos se han padecido en México los embates de la corrupción y la decadencia. Urge ya intentar modificar esta situación.

Pienso, en concordancia con lo que he venido diciendo, que si hay una dimensión de la vida en la que la reflexión filosófica se ha vuelto en México urgente es la de la vida religiosa. En otras palabras, tiendo a pensar que la rama de la filosofía a la que en este momento, junto quizás con la de filosofía política, se le debe conceder prioridad, es la de filosofía de la religión. ¿Por qué habría ello de ser así? La respuesta me parece relativamente simple: México es muy probablemente el país católico más importante del mundo, pero también es un país históricamente desgarrado por conflictos religiosos y un país en el que las aguas de la vida religiosa se están agitando peligrosamente. En efecto, las instituciones clericales (católicas y otras) están en estado de ebullición y exaltación. Sería imperdonablemente ingenuo no ver que está en marcha la campaña para la recuperación de la escuela nacional, de la escuela pública, por parte (fundamentalmente) de la Santa Iglesia Católica. Permiéndome recurrir a frases bien conocidas, creo que podemos afirmar que están de nuevo de pie los "emisarios del pasado". Pero por ello precisamente no debemos cerrar los ojos ante el hecho de que están en juego la educación civil, científica, naturalista y progresista de nuestra niñez, la libertad de pensamiento y expresión, el futuro de México. Sin duda, habrán de librarse cruentas batallas en la Secretaría de Educación Pública, pero también por minúsculas que resulten, en foros como las Universidades, en los centros de reunión, de trabajo, en

las casas. Frente al exaltado religionismo de nuestro tiempo, frente a las ya innegables conquistas de posiciones políticas por parte de las instituciones religiosas, frente a lo que parece ser la derrota del proyecto juarista y liberal, frente a los embates en contra de programas educativos de hombres como el Lic. Narciso Bassols, es nuestro deber alzar la voz y denunciar las patrañas, los fraudes, las complicidades y los grandes engaños colectivos asociados con la religión. En nuestro caso, sin embargo, las armas no son más que la palabra libre y desenvuelta. La labor es inmensa, el esfuerzo hercúleo. Pero no estamos solos: nos guía y nos inspira el pensamiento siempre lúcido, profundo y fresco de Ludwig Wittgenstein. El libro que ahora se presenta pretende ser una modesta aportación en lo que es un frente amplísimo de confrontación. Nuestro terreno, lo enfatizo, es únicamente el de la lucha intelectual. Nuestra función es operar como servicios de inteligencia para dismantelar planes enemigos que me gustaría calificar de 'diabólicas'. Este modesto libro es el resultado de clases y seminarios, es decir, de un prolongado y serio esfuerzo por dilucidar ciertos temas religiosos de interés general. Es de ellos que quisiera ahora velozmente ocuparme.

Independientemente del valor que se desee conferir a mi trabajo, he de admitir *ab initio* que, a diferencia de lo publicado por otros colegas, lo que yo tengo que decir se ubica en lo que deberíamos llamar los 'fundamentos de la religión'. En mi libro no hay exégesis de textos sagrados, no hay interpretación de pasajes, desarrollos teológicos o propuestas litúrgicas. Ni siquiera hay discusiones de encíclicas o bulas papales. Si fuera eso lo que el lector imaginara encontrar en mi trabajo, es mi deber prevenirlo y decirle desde ahora que se llevará un chasco. Deliberadamente, yo me coloqué en el nivel de lo presupuesto en discursos de esas clases, es decir, en el nivel de lo simple y acríticamente asumido, de lo nunca cuestionado. Mi objetivo es, dicho de manera sucinta, alcanzar y transmitir una representación perspicua de la gramática de ciertos términos religiosos clave, examinar la estructura de nuestro sistema conceptual religioso y recuperar para el hombre de nuestra época la auténtica funcionalidad de la vida religiosa, sin que para ello tenga que caer en las letales redes del dogmatismo absurdo y de la incongruencia total con el conocimiento científico. Ese es el reto. Ahora ¿cómo se alcanza el objetivo?

Yo defiendo la tesis de que, en el contexto conformado, por una parte, por el conocimiento científico que moldea y permea nuestra mentalidad y nuestra concepción de la realidad y, por la otra, de nuestra cada vez mayor o mejor comprensión del lenguaje, lo único que la visión común, estándar o vulgar de la religión puede generar son huecos de comprensión. Por una parte, debería quedar claro de una vez por todas que la re-

ligión es absolutamente inservible para la explicación de los fenómenos naturales. Si lo que queremos es investigar acerca de los orígenes del Universo, serán los astrofísicos quienes habrán de pronunciarse. Si lo que queremos es hablar del alma y sus facultades, habrá que cederle la palabra a los psicólogos; si lo que nos interesa es el surgimiento de la vida, no queda otra cosa que dejar que los biólogos digan lo que tiene que decir; si lo que nos interesa es el desarrollo de la humanidad, lo que tenemos que hacer es empaparnos de teoría social; si lo que nos preocupa son verdades eternas, dejemos que sean los matemáticos quienes las rastreen para nosotros; y así sucesivamente. Nada sería, pues, más descabellado que pretender explicar fenómenos naturales valiéndose de ideas plasmadas hace, digamos, tres mil años. Es inclusive debatible si esta misma culpabilidad intelectual no podría recaer sobre la gente de aquella época, pero no discutiré aquí el tema. En todo caso, lo que he afirmado tiene su contraparte, que es la siguiente: el carácter no cognitivo de las creencias religiosas se explica precisamente porque el discurso religioso no es de contenido descriptivo o factual. Los conceptos religiosos no tienen carácter referencial, un poco a la manera como podemos decir de la expresión 'derechos humanos' que no denota. Lo hemos dicho hasta la saciedad, pero para beneficio de los lectores lo repetiré una vez más: 'Dios' no es un nombre, el Infierno no es un lugar, los milagros no son fenómenos especiales, trascender no es ser traspasado a un mundo que no mantiene ninguna conexión espacio-temporal con el nuestro, y así indefinidamente. Y deseo ir más allá: sostengo que la asimilación del lenguaje religioso al científico y la incorporación a la religión de pretensiones cognitivas es una tergiversación tan grotesca y tan gigantesca de la religión que equivale precisamente a la aniquilación de la genuina vida religiosa. La vida religiosa no puede florecer en la ignorancia y el miedo. Al convertir la doctrina religiosa en, Karl Marx, "la teoría del otro mundo", al ligar internamente la vida religiosa con la ignorancia, inevitablemente se le aborta. Lo que aquí hago es simplemente denunciar esa mascarada que es, por paradójico que suene, de lo que se nutren las instituciones religiosas que conocemos. O sea, partiendo de aclaraciones gramaticales, transito paulatinamente hacia disquisiciones de orden epistemológico y metafísico, lo cual tiene, en última instancia, el efecto de generar un cuadro de la religión y de su historia muy diferente del usual. Acarrea también, he de decirlo, graves consecuencias de orden político.

El eje central de lo que, sin pretensiones absurdas, me gustaría llamar 'mi' filosofía de la religión es declaradamente de corte wittgensteniano. En realidad, el núcleo de mi posición quedó expresado en lo que fue el último capítulo de mi primer libro de filosofía de la religión. La idea es simplemente que el rasgo distintivo del lenguaje religioso

es el uso de una imagen, un constructo que tiene carácter normativo y, en un sentido no factual sino vital, "explicativo". No obstante y por atractiva y rica en implicaciones que sea una idea como esta, así como está y por bien expuesta que lo sea, es insuficiente o incompleta. Su "demostración" sólo puede proceder de (parodiando a Lenin), "análisis concretos de conceptos concretos". Estos análisis, empero, ya no los podemos extraer directamente de la obra de Wittgenstein. Tenemos que realizarlos nosotros mismo. Básicamente a eso me aboqué en este libro. Qué tan convincente resulte es algo de lo que nos enteraremos muy pronto.

Antes de enfrentar el alud de críticas que sin duda se me tiene preparado, y en previsión de ello, quisiera decir unas cuantas palabras em favor de mi enfoque y de mi tratamiento de los temas. ¿Por qué los creo superiores a los usuales? Son varias las razones. En primer lugar, me parece que el punto de vista que adopto permite una (no me gusta mucho el término) reinterpretación total de lo religioso. Desde mi perspectiva, se puede dar cuenta del pensamiento religioso y de las prácticas religiosas. En otras palabras, mi enfoque no es parcial, fragmentario. En segundo lugar, mi tratamiento desemboca en una reivindicación actualizada de la religiosidad, una visión que se puede aquí y ahora adoptar sin por ello generar incoherencias o "huecos de comprensión". Mi concepción de la religión no genera conflictos de carácter explicativo. Es decir, no genera cortos circuitos, conceptuales y teóricos, con la ciencia. En tercer lugar, mis puntos de vista concernientes a la religión se derivan de lo que podríamos calificar de "sanas" filosofías del lenguaje y de la mente. Mi filosofía de la religión, claro está, presupone resultados acumulados en teoría del conocimiento, en metafísica, en ética. Es, pues, como dije, una posición global o total. Si esto que reivindicó para mi trabajo y mis resultados en filosofía de la religión es en efecto así ¿quién podría no estar de acuerdo conmigo? ¿Quién podría querer desbancar una posición como la mía para hacernos adoptar una vez más tesis anquilosadas, inútiles y dañinas? ¿No es acaso el teísta clásico el único beneficiario del dismantelamiento (o del silenciamiento) de puntos de vista como los que defiendo? Ciertamente el usuario normal del lenguaje religioso no tiene nada que temer de nosotros. Es sólo aquel a quien podríamos llamar el 'creyente crédulo' quien podría sentirse amenazado. Pero ¿amenazado por qué? ¿Por verse forzado a abandonar interpretaciones absurdas de un sector del lenguaje? ¿Por sentirse obligado a desprenderse de creencias incomprensibles? En ese caso, lo único que se estaría probando sería que el hombre, como especie, es decididamente irracional. Confieso, sin embargo, que con una hipótesis como esa no logro todavía reconciliarme.